

Trabajo fotográfico

Cultivar en el Valle de Jáchal

Lautaro Clemenceau*

CEIL-CONICET, Argentina.
lautaroclemenceau@gmail.com

Julieta Godfrid**

Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín, Argentina.
jgodfrid@unsam.edu.ar



Campo cultivado en el valle de Jáchal

* Doctor en Antropología (UBA). Centro de Estudios e Investigaciones Laborales-CONICET

** Doctora en Ciencias Sociales (UBA). CONICET - Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín.

INTRODUCCIÓN

Desde septiembre del 2018 hasta diciembre del 2019 visitamos la Provincia de San Juan de forma intermitente para realizar entrevistas en el marco de un proyecto de investigación sobre agua y minería en la región andina.¹ San Juan es una provincia del noroeste argentino, de clima semiárido y una superficie de casi 90.000 km² cubierta en un 80% por montañas. Dos cuencas hídricas atraviesan la provincia: el río San Juan y el río Jáchal, ambos productos del deshielo de las precipitaciones níveas que tienen lugar, principalmente, en la cordillera de los Andes entre los meses del otoño y del invierno. La canalización y el sistema de diques han permitido una agricultura de oasis.

El río principal es el San Juan, con un caudal medio de 60 m³/s que alimenta los valles de Calingasta, Zonda y Tulum. Allí se concentra la producción de vid y olivos de la provincia. El río Jáchal, ocupa históricamente un lugar secundario, con un caudal medio de 7 m³/s que irriga el valle de Jáchal. La agricultura desarrollada en estos valles fue durante años la principal actividad económica de San Juan. En la actualidad, los servicios y la minería metalífera a gran escala ocupan un lugar central.

Con la instalación de las minas Veladero, Casposo y Gualcamayo, el oro se transformó en la principal exportación provincial. Veladero es la mina con mayor volumen de extracción de oro: 548 mil onzas anuales; tarea para la cual se emplean alrededor de 3.000 personas. Las otras minas tienen una escala menor, pero también han sido parte de la transformación reciente del escenario económico y cultural.

En nuestro recorrido por San Juan, nos propusimos registrar algunas de estas transformaciones. En particular, nos interesó conocer sobre la gestión hídrica en un nuevo contexto marcado por la llegada de la minería de gran escala. Nos preguntamos, qué cambios se habían generado y qué persistencias se podían observar en el uso y la gestión del recurso hídrico. Por ello, nos interesó especialmente la producción agraria en el valle de Jáchal. Esta actividad nos permite explorar las prácticas en torno al uso y la administración del agua en un clima semidesértico.

1 El proyecto en el que participan los autores se denomina “¿Cómo mejorar la disponibilidad y equidad en el acceso de agua? Recomendaciones para mejorar la gobernanza hídrica en territorios andinos con extracción minera a gran escala en Perú, Colombia, Argentina y Chile”. Es dirigido por el Ph.D. Gerardo Damonte de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el Grupo de Análisis para el Desarrollo y financiado por la Fundación Ford.

San José de Jáchal se encuentra en la zona norte de San Juan y desde la ciudad capital por carretera uno se demora aproximadamente unas dos horas en llegar. De los 21.000 habitantes que posee, la mitad viven en el casco urbano y el resto se distribuye en pequeñas localidades rurales. Todos en Jáchal conocen la historia de los molinos de agua que hacían harina con el trigo jachallero. Al escucharlos, pareciera que el agua sigue moviendo estos molinos que cerraron al menos hace unos sesenta años atrás.

El ferrocarril llegó a Jáchal desde Buenos Aires en 1931 y con el ingreso de la harina de trigo de la pampa húmeda, se fue apagando de a poco la historia triguera y de los molinos. Desde la década de 1950, la actividad agraria en Jáchal ha estado centrada a la producción de la cebolla, el tomate y diversas semillas. Los cultivos que subsisten no son muchos, la salobridad del agua del río sólo permite la producción de algunas variedades resistentes al boro. Sumado a ello, muchos productores señalan un problema frecuente entre diferentes regantes en Jáchal, como Carlos que nos menciona: *“El problema es que vos tenés, por ejemplo, cien hectáreas de tierra y lo que vos podés regar es la mitad. Eso pasa en todo Jáchal. Podés regar la mitad, o menos. No es que no haya agua, el problema es que no llega por los canales.”*

Históricamente el sistema de infraestructura hídrica para el riego posee una capacidad potencial para abarcar aproximadamente 21.000 hectáreas empadronadas con derecho a riego, pero desde hace al menos tres décadas el agua sólo ha sido suficiente para alcanzar a 7.000ha, es decir, apenas un 35% de las superficies empadronadas. Por su parte, la red de canales alcanza los 300 km. de longitud, pero sólo el 29% está impermeabilizada (y aquellos pocos que han sido impermeabilizados están seriamente dañados). Para sortear estos problemas, algunos productores han podido hacerse de sistemas de riego por goteo y construir reservorios de agua en sus fincas para ejercer un control directo sobre la disponibilidad del recurso hídrico. Estas soluciones altamente tecnificadas requieren de una inversión importante de capital e insumen costos elevados constantes para su mantenimiento. Esta técnica de riego, por el momento, no está al alcance de la mayoría de los productores jachalleros.

En la actualidad, en Jáchal el trabajo en las fincas conjuga una serie de saberes y prácticas que van desde la selección de las variedades, el armado de los surcos en la tierra; las capacidades para maniobrar el agua cuando llega el turno hasta el acostumbrar los cultivos al boro y a recibir agua cada quince días.

A continuación, presentamos una serie de fotografías que forman parte de nuestros registros de campo e ilustran estas problemáticas que mencionamos, así como el trabajo y la producción agraria en la localidad de Jáchal.²



LAS AGUAS SALOBRES DE JÁCHAL: SEMBRAR LO QUE SE ADAPTA.

“Lo que pasa es que el agua nuestra es un agua salada. Entonces nosotros hay frutales que no los podemos hacer quinta ni nada, por las condiciones del agua. Porque acá en San Juan vos podés traer una planta, prende y al tiempo por la calidad del agua se te seca... en el caso nuestro los cultivos nosotros los medimos normalmente. Se hacen porque uno ya sabe qué cultivos se adaptan

2 Agradecemos especialmente a los miembros de la "Cooperativa 21 de septiembre"; a las productoras de la "Asamblea Rural de Jáchal", a los miembros de la "Cooperativa Obrero Argentina", a María Teresa Fernández, jefa de la Agencia de Extensión Rural Jáchal del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria; a la Delegación de Jáchal del Departamento de Hidráulica de la Provincia de San Juan y a todos aquellos jachalleros que conversaron con nosotros durante nuestro trabajo de campo.

a las aguas tuyas y a la zona, entonces: sembrar lo que se adapta. Hay años que tenés menos, hay años que tenés más. Ahora estamos en un año normal de agua. Nevó poco en la cordillera, entonces como tenés esas planificaciones y ya sabes qué sembrar y hasta dónde estirarte por el tema agua, porque si estás sabiendo que hay poca agua no puedes sembrar mucho.” - Nos contó Alejandro, un productor semillero de Jáchal.

Además de las limitaciones que presenta la infraestructura del sistema de riego, los productores tienen una restricción “natural” dada por la calidad y contenido mineral de las aguas del río Jáchal. En su caracterización este río está compuesto, entre otros minerales, por altas dosis de cloruro de sodio y boro, proveniente de uno de sus afluentes, el Río Salado. Un problema frecuente es que al regar por manto estos suelos se salinizan con mayor facilidad. Al recorrer varias fincas, se puede apreciar visiblemente la acumulación del boro que se eleva hasta la superficie. La presencia de boro restringe las opciones de los cultivos que se pueden producir en la zona. Esto hace, entonces, que los productores deban adaptar su elección y optar por aquellos cultivos que resisten o se benefician por la presencia de este mineral, como la cebolla.



Alejandro y sus cebollas

Con la caída del ciclo histórico de la harina de trigo, desde la década de 1930 se expandió el cultivo de la cebolla por las fincas del valle y los productores se convirtieron en “cebolleros”. Durante décadas este cultivo fue para ellos la opción más conveniente: era económicamente rentable; no implicaba grandes inversiones de capital; se adaptaba a las condiciones climáticas; los hombres de la familia podían trabajar en la finca; una vez cosechada aguantaba varios meses sin necesidad de cámara frigorífica hasta su comercialización.

Para muchos jóvenes de Jáchal la cosecha de cebolla fue su primer trabajo. Alejandro, que hoy está cerca de tener cincuenta años, aún recuerda cuando a sus doce comenzó a cultivar cebolla junto a su padre. En aquel entonces, no había dique, y durante los meses de verano el agua de deshielo corría permanente. Cuando el agua mermaba se llevaban unas colchas y pasaban la noche esperando su turno de agua, para acomodar los surcos, conducir el agua y asegurarse de que alcanzará para la totalidad de la finca.



Los surcos de Carlos I

Un día, Carlos nos mostró la finca donde produce. Entramos bordeando una pared de juncos crecidos sobre los costados del ramo comunero. Quedamos asombrados por lo que vimos: Carlos con su pala ha hecho unos surcos que parecen rectángulos iguales, como una barra de chocolate a gran escala. Según él, este método permite que el agua pase y riegue en forma pareja por cada sector, manteniéndose la humedad y el caudal equitativo para todas las hectáreas cultivadas. Esto da como resultado una producción pareja en estos términos. Además, aprovecha la pendiente natural del suelo que va hacia una misma dirección, con lo cual, el agua para riego se extiende desde una punta hasta la otra, recorriendo por pendiente todos los surcos hasta el final del cultivo. En esta finca sembró cebollas para obtener semillas. A fines de septiembre comienzan a crecer los primeros brotes, los que se cosecharán en marzo. Nos contó después que este método asombroso a los ojos, el de ‘cantero y surco’ (como le llaman localmente), lo aprendió de su padre, y su padre de su padre y así. Al costado de esta hectárea con cebollas, tiene otra con acelga. Pero en esta última el método de surcos es el “tradicional” (líneas paralelas). Los otros productores destacan su labor y él hace chistes sin arrogancia sobre su buen trabajo. Carlos, nos muestra con su trabajo que, además del grado importante de eficiencia que estas técnicas proveen cuando se utiliza el riego por manto, se destaca estéticamente por su precisión y belleza geométrica.



Los surcos de Carlos II.

A partir de la década del noventa las exigencias del mercado fueron cambiando y cada vez se hizo más difícil para las cebollas jachalleras competir con las de otras zonas del país. Alejandro resume el movimiento del mercado de la cebolla en una frase: *“La cebolla es una lotería. Un año te va muy bien, pero al otro año te puede ir muy mal y tenés que venderla por dos pesos...”* Esto significa que muchos productores, en cada cosecha especulan con tener buenas ganancias, sin embargo, sus expectativas en reiteradas oportunidades no se cumplen. Otros años, el precio de la cebolla en el mercado se recupera y los productores logran mejorar sus ganancias, aunque no pueden saber de antemano cuándo sucederá.



Las tecnologías de Ramón

En uno de esos años buenos que cada tanto da la “lotería” cebollera, Ramón logró comprar 55 hectáreas. Eran mediados de los noventa y en ese entonces, él era un productor de unos veintipico de años que aún trabajaba en la finca de su padre. Según nos explica, fueron dos años muy buenos de exportaciones de cebollas a Brasil, y con eso compró su propia finca. Con el tiempo, logró alquilar otras dos fincas, una pequeña de una hectárea y media y otra de unas veinte hectáreas.

Las tres producciones están alejadas entre sí, tal como se lo exigen las empresas que lo contratan, ya que las diferentes variedades de semillas no deben cruzarse. Ramón practica una agricultura de contrato para Bayer y otras transnacionales que le compran la semilla. El productor pone la tierra y el trabajo, la empresa le da las semillas, los agroquímicos, el asesoramiento agronómico y le compra la cantidad pactada según convenio. Si produce en excedente será penalizado y se le prohíbe también la venta de la semilla de cebolla por fuera del

convenio. El contrato con estas empresas tiene además otras exigencias, que no muchos productores pueden cumplir, las semillas tienen que tener al menos un 90% de poder de germinación. Con la de cebolla fue la única que Ramón pudo cumplir con este requisito, si bien lo intentó con las semillas de tomate y de lechuga, no funcionó.

En la finca tiene instalados algunos sistemas que le permiten mantener el cultivo a pesar de las variaciones climáticas: un sistema de riego por goteo, un reservorio hídrico y una malla antigranizo (tal como se puede observar en la fotografía). Pocos productores pueden acceder a esta tecnología, por sus altos costos. Ramón pudo adquirirlos porque hace unos seis años, participó en unos de los programas de relacionamiento comunitario que despliega la mina Veladero en Jáchal y en Iglesia.

La dificultad para adaptarse a los cambios en el mercado llevó a que la producción de cebolla fuera perdiendo protagonismo. En la actualidad, este cultivo sólo ocupa el 12% de las hectáreas cultivadas en Jáchal. Su precio continúa con sus abruptos ciclos de auge y caída que “salva” y “condena” según el año.



Santa Bárbara en el campo jachallero

Como muchos habitantes de Jáchal, algunos productores también veneran a Santa Bárbara. Esta santa “castigadora”, como la caracterizan algunos de sus fieles, se hace presente por medio de las tormentas y sus rayos. Su presencia evidencia la relación que guardan los productores con las fuerzas de la naturaleza en este valle, donde la aspereza del clima desafía el fruto de sus trabajos en el campo. Rafael nos explicó que lleva a la santa a su finca porque protege a las producciones, sobretodo de la lluvia: *“Una vez se había nublado. Yo estaba trabajando en la finca y me vine corriendo a donde tenía a la santa. Le recé pidiéndole que no llueva en la finca y al rato se detuvo la lluvia, sin llegar hasta acá.”* Como forma de agradecimiento a la santa por su protección, todos los 4 de diciembre (el día de Santa Bárbara) participa de la procesión a la localidad de Mogna y le deja una bolsa de cebollas de su producción. Sobre el tributo que le deja todos los años a Santa Bárbara, Rafael nos comentó: *“Es muy castigadora. Yo no le hago promesas, sino que le cumplo y le pido”.*

Pero esta santa no está sola. En el campo jachallero la acompañan varias vírgenes (la de Andacollo, la de la Merced, entre otras). A escasos kilómetros hay una capilla de la Virgen del Rosario de Andacollo que a fines de diciembre todos los años congrega a sus “chinos” danzantes de Cuyo y transandinos. Varios jachalleros nos relataron lo que aconteció hace algunos años:

“Estaban celebrando el día de la Virgen sacaron su estatua en procesión hacia el lado izquierdo (cuando siempre la sacaban hacia el lado derecho) y enseguida se armó un nubarrón en el cielo. Empezó a llover muy fuerte, cayó mucha agua, y resulta que había un montón de vehículos (camionetas y autos) estacionados en este aliviador como si fuera un camino. Eran de personas que venían a la procesión. La cuestión es que vino una crecida de agua y se empezó a llevar puesto a los vehículos... La gente comenzó a correr desesperada y a sacar a quienes estaban dentro de los vehículos. Fue una locura. Dicen que la Virgen se enojó e hizo esto.”

La figura de la santa y de las vírgenes tiene representaciones ambivalentes: son protectoras de la naturaleza y las producciones, pero también castigadores de sus fieles. Estas creencias religiosas se encuentran extendidas entre los productores jachalleros, formando parte de su cotidianeidad.



Productoras de la Asamblea Árbol Verde

En 1998 el programa social agropecuario (PSA) llegó a Jáchal y con él una serie de técnicos que empezaron a trabajar con grupos aislados de productores. Desde entonces se conformaron asociaciones como la “Asamblea Rural de Jáchal”. Este es un espacio liderado por mujeres campesinas, quienes de la mano de los técnicos del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y del PSA fueron aprendiendo nuevas estrategias para producir y comercializar sus productos.

La mayoría de las mujeres de la asamblea son de la zona rural de Jáchal, de las localidades de Árbol Verde, El Médano o de Gran China y se dedican a una agricultura de subsistencia. De familias campesinas numerosas, 11 o 13 hermanos, aprendieron en sus casas a cocinar: chuchoca (pastel de choclo); harinilla; empanadas; tortitas jachalleras, membrillos en conserva, alfajores con dulce o mermeladas. Durante toda la semana se dedican a la preparación de la comida, actividad en la que a veces participa toda la familia. Los viernes, las mujeres de la Asamblea venden sus productos en la feria de la plaza de Jáchal. Ya todos las conocen y allí las esperan.



La huerta de Yolanda.

Muchas son las mujeres que trabajan en las cooperativas rurales. Con una división del trabajo marcada por los géneros, los hombres se dedican a las tareas de cultivo, siembra o cosecha y las mujeres al empaquetado de semillas; la elaboración de productos y su comercialización. Yolanda participa en la Cooperativa El Progreso, que se creó hace unos 25 años y agrupaba originalmente a unos 60 productores, hoy son menos de 20 personas.

El marido de Yolanda se asoció a la cooperativa como productor de semillas de hortalizas, con el tiempo Yolanda, se sumó a partir del empaquetado. Cuando hace unos años su marido falleció, ella asumió también las tareas previas del proceso productivo: la producción y la extracción de las semillas. La comercialización de las semillas queda en manos de FECOAGRO, una entidad de segundo grado, que agrupa a cooperativas de toda la provincia de San Juan.



Ramón y los productores semilleros

Debido a la ecología de sus suelos y clima benigno, el norte de San Juan es considerado una de las mejores regiones del país para el cultivo de semillas. Es aquí donde encontramos a Ramón que, junto a otros miembros de la cooperativa de productores “21 de septiembre”, se dedica a la producción de semillas de hortalizas y cebolla, principalmente. Desde el año 1996 trabajan vendiendo sus producciones a FECOAGRO, y participan indirectamente en el programa PROHUERTA del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Las semillas que ellos producen recorren cientos de kilómetros a lo largo del territorio nacional en las millones de bolsitas que este programa social distribuye, sembrando los suelos de las innumerables huertas del país.





Semillas de los productores

Sin embargo, durante los años 2018 y 2019, el Estado nacional prácticamente canceló la compra de semillas a través del programa PROHUERTA, por lo cual, FECOAGRO se vio fuertemente afectada. Las compras disminuyeron considerablemente y la cooperativa entró en crisis. Es por ello que Ramón junto a sus compañeros comenzaron a analizar otras alternativas de venta de sus producciones. En ese marco, decidieron formar parte de un convenio propuesto por el Ministerio de Minería de San Juan y que involucra a la minera Veladero, la empresa Aramark (contratista del catering en la mina) y productores de Jáchal. A través de este convenio que incluye subsidios productivos, esperan poder equiparse con maquinaria, una cámara de frío para conservar más tiempo sus cosechas y la posibilidad de acceder a otros mercados, como el Mercado Central de Buenos Aires.



El Rodri y los cominos de Huaco

En la zona de El Alto Huaco frente a la ruta nacional 150, vive *el Rodri* junto a su familia. Él produce comino. El cultivo de esta semilla aromática es relativamente nueva para él. Además tiene una huerta para el autoconsumo. En menos de una hectárea produce 1.200 kg de comino. Nos contó que su comprador prefiere su producción porque dice que es de mejor calidad que el habitual que se vende en Catamarca.

Sus herramientas de trabajo fueron construidas por él, su padre y su abuelo. Conjugando diferentes elementos, construyeron una especie de carretilla la cual se la ata a la cintura y va avanzando por los surcos, depositando las semillas. La fabricaron soldando algunos fierros. Otra herramienta es una zaranda que era de su abuelo, con la cual procesa las semillas que cosecha separando el comino de la paja hasta dejarlo limpio. Para esta tarea, se ayuda con el viento, que le permite separar y limpiar mejor.



El Rodri con su carretilla y su comino cosechado.

Para obtener un mejor rinde, recibe asesoramiento de técnicos del INTA, quienes además le hicieron contacto con una de las dos empresas mineras que operan en la zona para recibir apoyo financiero y donación de insumos, así como a otros productores vecinos. El interés de las mineras en estos productores radica en su política de “Responsabilidad Social Empresaria” (RSE). Esta política implica relacionarse social y económicamente con los pobladores de las “comunidades cercanas” a los proyectos mineros. De esta manera, buscan legitimarse y obtener a cambio una “licencia social” que les permita operar en el territorio con mayores consensos (o al menos, minimizando los riesgos de conflictos sociales en torno a sus explotaciones).

En un escenario en el que los recursos de las instituciones públicas no abundan, algunos técnicos agropecuarios incentivan a los productores a que participen de los programas corporativos. Para participar, los productores deben cumplir con ciertos requisitos: ser poseedores de la propiedad (ya sea individual o en cooperativa); manifestar la voluntad de vincularse a los programas propuestos por las compañías y el Estado; contar con derechos de riego; aplicar el asesoramiento y las técnicas que otorgan los técnicos agrónomos de las compañías y una vez asesorados exhibir resultados agrícolas positivos.



Trabajadores agrícolas en el valle de Jáchal

Al pulso de las transformaciones contemporáneas, el trabajo agrícola se fue modificando en Jáchal. Los productores han ido cambiando sus prácticas y saberes a partir de los diferentes ciclos económicos. En gran medida, el trabajo en cooperativa o en modalidades asociativas les ha permitido sobrevenir las

crisis económicas y las nuevas exigencias que les impone el mercado. A su vez, en el nuevo contexto delimitado por el crecimiento de la minería y los cuestionamientos sociales, los productores han encontrado un espacio para negociar mejores condiciones para sus producciones. En ese marco, han conseguido formar parte de convenios con las empresas mineras y con el Estado provincial que subsidian su producción y amplían sus posibilidades de comercialización. La participación de los productores en programas estatales y en iniciativas corporativas, les ha permitido a algunos incorporar nuevas variedades productivas, así como también tecnologías y transformar ciertas dinámicas de comercialización. A pesar de estos cambios, los productores jachalleros aún anhelan políticas y mecanismos más estables que les permitan mejorar sus condiciones de producción y comercialización.



Productores jachalleros recorriendo la finca en la que producen